

[^ELETRAS^E]

¡ECHEMOS CUENTO!



[^E ^N ^T ^R ^E]
LETTERS

CONTENIDO // // //

Prólogo

Cuentos para resistir / 04

Orlando Sánchez

El adiós del viejo

Matías / 09

Jimmy Spíndola

Ya no oigo la lluvia / 21

Orlando Sánchez

A ninguna parte / 35

Gerson Molano

Cuando los gatos

hacen el amor / 49

Juan Carlos López

Una fiera en la
alcoba / 57

Gerardo Aristizábal

De copas y silencios / 67

Ana Durán

Colombia, tierra
querida / 77

Santiago Huergo

Cuando espero / 85

Daniel González

De-generación / 95

Brayan Solarte

Regreso al Agüil / 109

Ángela Orozco



CUENTOS PARA RESISTIR

ORLANDO SÁNCHEZ

Asegura Mario Vargas Llosa que escribir es, ante todo, *un acto de rebelión contra la realidad*. Creo que se refiere a esa realidad que se nos escapa a toda hora, inevitable y definitivamente. Esa que se va por las ventanas de los buses que nos llevan de un lado para otro, aquella que se escurre por entre los muros de los centros comerciales donde la moneda común es nuestro tiempo, por los espejos en los que apenas nos contemplamos, por las

>

pupilas de los otros a quienes apenas notamos, por los teclados y las pantallas que ahora –siempre– habitan nuestras manos, realidad efímera porque siempre estamos apurados, preocupados, distraídos, procurando vivir vertiginosamente; impulsados por un frenesí agotador e implacable. Creo que a esa realidad se refiere Vargas Llosa, una ante la cual resulta vital rebelarnos. Pero, ¿cómo?, ¿cómo resistir esa vorágine de afanes?, ¿cómo sobreponerse a la embestida de las voces que nos dicen que no tenemos tiempo?, ¿cómo soportar las miradas de aquellos que nos juzgan por no mantener el paso? Escribiendo, dice Vargas Llosa, escribiendo.

Y fue así: escribiendo, como durante el primer semestre del año 2016, al interior del Seminario del Laboratorio de Pensamiento y Lenguajes (LPL) surgió la iniciativa de abrir el primer concurso de cuento de la Universidad El Bosque. Entonces, una necesidad ontológica parecía materializarse frente a nosotros y los síntomas parecían confirmarlo. Por un lado, los protocolos y las relatorías –textos escritos al interior de las sesiones del Seminario– empezaron a servir de pretexto para que algunos de nosotros exploráramos y jugáramos con las posibilidades literarias que su escritura ofrecía, lo que a su vez posibilitó terrenos fértiles no solo para la escritura misma, sino para la lectura y la discusión. Del mismo modo, algunos docentes del LPL habíamos incorporado la escritura de cuentos como posibilidad para que los estudiantes manifestaran sus intereses, pasiones, inquietudes y posturas frente a las cuestiones desarrolladas en clase. Así fue como los relatos escritos por compañeros docentes y por estudiantes nos permitieron, aunque con prudencia, lanzar la iniciativa. La llegada de los primeros

relatos, no obstante, dispuso cualquier manto de duda y puso de manifiesto que había otros dispuestos a escribir, a resistir. Estudiantes, administrativos y docentes fueron los primeros en responder al llamado de una convocatoria abierta a toda la comunidad universitaria. Participaron relatos envidados desde Administración y Negocios Internacionales, Medicina, Filosofía, Artes, Ciencias, Psicología, Bienestar Universitario e Investigaciones. Los escritores germinaban por todo El Bosque.

Ante la acogida de la iniciativa, el apoyo del Departamento de Humanidades no se hizo esperar y pronto logramos un espacio que cada seis meses nos permite encontrarnos y leer, reconocernos y escuchar, un espacio para hacerle frente a la fugacidad y premura con que vivimos, un lugar para vernos en los otros, esos otros que también escriben y leen y que andan por el mundo con sus historias a cuestas, dispuestos a compartir pedacitos de su alegría, de su nostalgia, de lo que ha sido su vida. Es el caso de Jimmy Spíndola, uno de los escritores que se ha ganado un espacio en esta breve selección de relatos. Un hombre de 65 años, quien a pesar de una discapacidad y la soledad irremediable del geriátrico que habita, encuentra la fuerza para escribir, para resistirse a un destino que no le pertenece. La escritura, en su caso, se ha convertido, como diría Flaubert, en la única forma de vivir; vivir para escribir, para hablarnos, por ejemplo, de *El Viejo Matías*.

Claro que no es el único. Acompañan esta selección de cuentos otros nueve relatos de peregrinaje incierto, argumentos disímiles, pero cuyos personajes y sus historias —llegados a lo largo de las cuatro convocatorias anteriores— han de servirnos como pretexto para alargar la vida un poco más. Alargarla para saber qué pasó en la

vereda El Chocal aquella madrugada fría, alargarla para ir en búsqueda de la fiera que se había apoderado de la habitación, alargarla para entender cómo los gatos hacen el amor, para saber a qué se va al Agüil, o cómo suena *Where is my mind?* Para eso existen estos relatos, para ver a los otros a través de sus historias, porque también de eso estamos hechos: de historias.

No obstante, sin importar cuánto precisemos de ellas, las historias aquí contenidas no habrán de llegarnos a todos. Solo algunos, escogidos por el azar o la fatalidad, serán invitados a esta tertulia atemporal y secreta. Entre ellos, usted y yo, ¡qué fortuna! Una situación similar relataría Julio Cortázar desde París durante algún día —o noche— de diciembre en 1966, cuando se encontraba grabando algunos fragmentos de *Rayuela*, *Historias de cronopios y de famas* y *La vuelta al día en 80 mundos*. En aquel momento Cortázar admitió verse algo contrariado por el tufo a muerte que existía en las grabaciones que se hacían con esmerada preparación. Por eso, decidió dejar al azar los fragmentos que leería y los comentarios que los acompañarían pues la improvisación posibilitaría un encuentro más auténtico con ese que habría de escucharlo, pero cuya existencia era incierta en el momento de la grabación. Creo que un puente semejante se abre entre los personajes de estos relatos, sus autores, yo, escritor de estas líneas, todos reunidos desde momentos y espacios distantes, pero sobretodo ustedes, lectores, porque también leyendo se hace resistencia.



EL ADIÓS DEL VIEJO
MATÍAS

Jimmy Spíndola

Jimmy Spíndola

Tengo sesenta y cinco años. Actualmente vivo en un geriátrico a causa de una discapacidad física. Hace aproximadamente cinco años, estando en uno de los hogares por los que he pasado, empecé a escribir, y lo que al comienzo fue solo una distracción, se convirtió en una pasión, en un reto, el reto de llegar a alcanzar el inmerecido honor de ser llamado escritor, y si llegara a ser calificado como tal, me sentiré muy orgulloso pues estaría haciendo un aporte a la cultura de nuestro país a través de mis letras, letras que son para mí, la razón de vivir.



ILUSTRACIONES

Ricardo Correa
[ZOKOS]



—Bueno hija, usted ya se fue, ahora yo me voy pal pueblo, tengo que dar parte al comisario, al cura y al de la funeraria, ellos sabrán lo que hay que hacer.

Antes de salir de su rancho, el viejo Matías dejó a su mujer sobre la cama, puso en su frente un beso y acarió sus mejillas aún tibias. Al querer dejar su casa, miró con tristeza hacia el interior, sus ojos recorrieron la estancia y se detuvieron en la figura de su perro flaco, que lastimera-

>

mente gemía echado a los pies de la cama de su mujer. Al verlo tan abatido, comprendió que el animal se sentía tan triste como él.

16/
17

Cuando dejó su morada, puso un candado en la puerta. Luego con pasos indecisos caminó con rumbo al pueblo. Mientras sentía que sus pies se negaban a dejar el rancho, en sus ojos brillaban dos gotas, pero el llanto se anegó en ellos y no le dejó derramar las lágrimas que le hubieran servido de consuelo.

—Buenos días, padrecito —Dijo el viejo saludando indiferente.

—Buenos días, Matías. ¿Qué lo trae por la casa de Dios?

—La Juana lo necesita urgentemente, yo no, usted sabe que a mí no me gusta mucho visitarlo.

—¿Es tan urgente?

—Más de lo que usted cree, así que dese prisa.

—Bueno, alisto mis cosas y nos vamos.

—Mientras alista sus cosas, yo voy a hablar con el comisario y el de la funeraria. Ellos también deben venir.

El cura lo miró partir y mientras se acariciaba el mentón, se preguntaba qué podría haber pasado.

—Buenos días, comisario.

—Buenos días, amigo. ¿En qué puedo ayudarlo? — Preguntó el delegado.

—A mí no me puede ayudar en nada, a la Juana. sí, debe acompañarme a mi rancho.

—¿Es muy urgente? —Volvió a preguntar el representante de la autoridad.

—Sí, demasiado urgente —Respondió el viejo.

—Bueno, recojo mis cosas y nos vamos.

—Mientras recoge sus cosas yo voy por el de la funeraria, él también debe venir.

Al verlo alejarse, el comisario se frotaba la barbilla como preguntándose qué pasaría.

—Buenos días, señor funerario — Saludó solemnemente el viejo.

—Buenos días, don Matías. ¿En qué puedo servirle?

—A mí no, todavía no, a la Juana, sí, acaba de morir.

—Bien, espere un momento, voy por mi abrigo y el metro.

—Mientras va por su abrigo y su metro, yo voy hasta la cantina por dos aguardientes, ellos también me acompañarán.

—Buenos días, cantinero, sírvame un caña doble.

—Buenos días, Matías. ¿Y eso, ¿qué celebra? o ¿cuál es el motivo? porque usted nunca se toma un trago a esta hora de la mañana.

—La Juana, ella me dio el motivo —Respondió Matías con tristeza.

—¿Qué, se largó con otro? —Agregó el cantinero en tono burlón, pues sabía que la Juana era tan vieja como Matías.

—Sí, se largó con otro —Asintió tristemente el viejo. Apuró de un solo golpe el trago y pidió otro, e igual que el primero, lo apuró de un solo golpe, luego se dispuso a ir en busca del comisario, del cura y el de la funeraria. —Oiga, Matías —Increpó el cantinero algo desconcertado— Cómo que la Juana se fue con otro, ¿con quién se fue?

—Se fue con Dios —Le respondió Matías y se alejó.

Caminando a pasos lentos, avanzaron hacia el rancho Matías, el comisario, el cura y el de la funeraria, y mientras iban dejando el pueblo, se miraban entre sí en absoluto

silencio, silencio interrumpido solo por el quebrar de las hojas y ramas secas por sus pasos. Por fin en el rancho, Matías quitó el candado de la puerta y todos siguieron tras él.

El comisario pasó revista al cadáver de Juana y escribió algo en una libreta de actas de defunción que había llevado con él, mientras el cura, camándula en mano, recitaba en voz alta el rosario. Por su parte, el de la funeraria estrujaba entre sus manos el metro para tomar las medidas del cadáver mientras su mente codiciosa elaboraba la factura de cobro por sus servicios.

El comisario terminó la tarea del levantamiento y miró al cura como queriendo decirle “es su turno”. Por último, le tocó al de la funeraria poner en práctica su oficio. Este midió el cadáver a lo largo, a lo ancho y a lo alto, luego, muy solemnemente sugirió que el roble era la mejor madera para su cajón.

—Tráigalo de lo que quiera, me da igual, además ¿a cuál muerto le puede importar la madera del ataúd donde lo van a enterrar?

El comisario interrumpió a Matías y al de la funeraria para decir que se debía trasladar el cuerpo de la occisa hasta el pueblo para practicarle la respectiva autopsia con el propósito de conocer la causa del deceso, pero Matías, mostrando su contrariedad, dijo:

—Qué autopsia ni qué carajo, no sea tan pendejo, no ve que se murió de vieja.

—Estoy de acuerdo —Dijo el cura— Para qué autopsia, vámonos pa'l pueblo a traer el cajón y de aquí salimos pa'l cementerio.

—Eso es justamente lo que quiero —Agregó Matías.

El comisario, el cura, el de la funeraria y Matías dejaron el rancho y se encaminaron al pueblo. El comisario

debía legalizar el acta de defunción, el cura debía traer su acólito y los utensilios para las exequias y el de la funeraria debía llevar el féretro. Mientras el comisario, el cura y el de la funeraria hacían sus tareas, Matías en la cantina le daba el adiós simbólico a la Juana, en tanto que el cantinero, sin atreverse a pronunciar palabra, sentía gran pena por aquel que se quedaba nuevamente solo, tan solo como el día que llegó al pueblo.

En la carroza de las pompas fúnebres de la funeraria, Matías, el cura, su acólito y el de la funeraria, regresaron al rancho con el cajón para la Juana, la presencia del comisario ya no era necesaria, por eso se quedó en el pueblo. Al llegar, metieron a la Juana dentro del ataúd, luego el cura y su acólito rezaron por la salvación del alma de la muerta. Después del ritual, pusieron el féretro en la carroza de las pompas fúnebres y se encaminaron hacia el cementerio.

Qué cortejo tan triste fue aquel, solo acompañaron los despojos mortales de Juana, Matías, el cura, su acólito, el de la funeraria y el perro flaco, que no se apartó un instante del séquito. Antes de que el sepulturero lanzara la primera palada de tierra en la fosa, Matías tomó un puñado y arrojándolo al fondo de la sepultura, dijo con voz entrecortada:

—Hasta pronto mi Juana, espérame allá donde está Dios, pronto me reuniré contigo y seguiremos queriéndonos, quiero que sepas que contigo viví los mejores años de mi vida, muchas gracias, mi Juana, y que el Creador te tenga en su Santa Gloria, ahora que tú te quedas en este campo santo, yo me voy pa' la ciudad a decirle a nuestro hijo que ya no tiene por quién volver al rancho. Descansa en paz Juana.

El viejo Matías dejó el cementerio sin pronunciar una palabra más que las que le dijo a Juana como adiós,

y después de andar un corto trecho, se detuvo para mirar atrás y vio que ya no estaban el cura ni su acólito, tampoco el de la funeraria, solo estaba el enterrador que clavaba una cruz de palo en la tumba de la extinta y su perro flaco que gemía tristemente al verlo partir.





YA NO OIGO LA
LLUVIA

Orlando Sánchez

Orlando Sánchez

Nací en Melgar, en 1977, en medio de paseos clandestinos al río, partidos de fútbol en calles empolvadas, un calor abrazador y la refrescante limonada de panela. Durante esa niñez libertaria y feliz, la literatura me llegó en manos de Hemingway y Stevenson. Más tarde, mientras estudiaba Lenguas Modernas en la Universidad Distrital, la literatura arremetió de nuevo; entonces llegaron a mí Cortázar, Sabines, Allende, Kundera, Rulfo y algunos otros. Hoy, después de haber leído tantas historias, sigo explorando, no solo desde la lectura reveladora, sino desde la escritura que surge de lo que se ha atestiguado.



ILUSTRACIONES

Ricardo Correa

[ZOKOS]



Después de todo la muerte es un síntoma de que hubo vida.

Mario Benedetti

Hoy no podré entregarle a Fernanda su bombombum de mango biche, a Samanta, su chocolatina de maní, ni a Josué, su manimoto. Hoy no. Los tengo en el bolso que me dio la doctora de humanidades, pero no se los podré entregar. No solía llevarles un alquito siempre, solo los días que recibía mi pago, como hoy. Hay otros días que son tenaces, como

>

los de final de mes y uno ya no tiene ni para el bus, ni para el desayuno, ni para nada. ¿Y a quién le iba a pedir uno si todos estamos igual, lo único que uno tiene en esos días es un dolor duro en el pecho que no lo deja ni llorar.

Ahora me acuerdo del diciembre pasado. Creo que nunca estuve tan triste y aburrida. Justo ahí me quedé sin trabajo. Una navidad sin plata es de lo más duro que me tocó vivir. No por mí, claro, por mis hijos. Fue un desespero tan verraco que pensé en lo peor, pero no todos estamos hechos para la muerte a propia mano, segura y definitiva, ni para el calvario del crimen. Así que elegí seguir viviendo, seguir mirando. Entonces vi a muchos en el barrio, allá en el Codito, en la 190 con segunda, los vi riendo, los vi con ganas de ponerse la hebra y salir. Los vi por ahí, en las esquinas, en las infinitas bajadas y subidas, caminando, como si fueran a llegar a algún lado. ¿Y yo?, pues mirando y pensando. La impotencia es otro dolor que se lo carcome a uno mientras mira a sus criaturitas comer arroz con aguapanela al desayuno y al almuerzo; y a la comida, aguapanela sola. ¿Y al colegio? Allá sólo llevaban ganas, ganas de todo. El hambre es un castigo muy duro, sobre todo si uno tiene hijos.

Por eso, aunque nunca me gustó este trabajo y lo odié incluso antes de haber empezado, lo acepté con gratitud y lo hice con esmero. Dicen las que llevan años y años en esto, que a uno el traperero y el desinfectante se le tiran las manos, la espalda y hasta los pulmones, eso sin contar el frío de la madrugada que de a poco le va cristalizando a uno los huesos. ¿Pero qué hay que uno no hiciera por los hijos? Además, el pago era cumplido y uno, estando ocupado, no pensaba tanto en lo que le faltaba, que era casi

todo. Pero no siempre fue así. A veces los llevaba al parque y comíamos paleta, no importaba que lloviera o que hiciera mucho frío, o que el parque fuera en realidad un potrero abandonado; a mis hijos, sobre todo a Josué, el menor, les encantaba el parque. Lo que no me gustaba era que cuando íbamos, siempre terminaba preguntándome por el papá. A veces me daba rabia que lo hiciera.

*Solo me alienta el deseo divino de hacerte mía,
más me destruye la incertidumbre que estoy pasando,
y es que la nieve cruel de los años mi cuerpo enfría,
y se me agota ya la paciencia por ti esperando*

Ahora me acuerdo de esa canción. No sé por qué. El papá de Josué solía cantármela cuando éramos novios. Tenía hasta buena voz y era muy ágil bailando. Lo conocí en el matrimonio de Ligia y me gustó que me habló de una y estuvo conmigo toda la noche. Creo que fue una de las pocas noches que estuvimos juntos y felices. Ya cuando nació Josué, su hijo, él se fue perdiendo poco a poco. Muchos lo vieron con otras mujeres, unas del barrio, otras quién sabe de dónde. Dejaba de venir a la casa y cuando lo hacía, era para llevarse algo. A él, sin embargo, no se lo llevó ninguna mujer, lo que se lo llevó fue el trago. Se lo llevó y nunca lo trajo de vuelta.

Pero eso ya no me entristece. Me da miedo. Miedo por mis hijos que eran yo aunque no se dieran cuenta. Por eso, todos los días, desde que tenía este trabajo, me levanté a las 3:45 a.m. —Si me levantaba más tarde, el tiempo ya no

me alcanzaba—. Me levantaba y me bañaba con agua fría para que se me espantara el sueño y el cansancio de todos los días. En estos años aprendí que el cansancio también se cansa y si uno lo ignora, termina desapareciendo. Solía vestirme en el baño que queda pasando el patio donde tendemos la ropa y casi siempre, mientras atravesaba ese patio rumbo a la cocina, me recogía el pelo. Nunca me gustaron los espejos, menos ahora que ya no puedo mirarme en ellos. Pero lo hice muchas veces en el trabajo, cuando accidentalmente veía mi reflejo en los muchos vidrios y espejos que debía limpiar. Josué y Samanta siempre me veían bonita y terminaban diciendo que me amaban. Parece que aman todo lo que les parece bonito. No sé por qué a uno, con los años, se le van quitando las ganas de decir esas cosas. Hace mucho tiempo que no se los digo, y tal parece que ya no puedo. Después ponía el arroz. Mucho arroz. Suficiente para el almuerzo que yo llevaba al trabajo y el de mis hijos cuando volvían del colegio. También hacía papas y algún grano. Doña Mercedes, la de la tienda, dice que el grano alimenta más que la carne. Cuando ya había puesto las ollas seguía con la aguapanela, el chocolate o el café, pero casi siempre aguapanela con pan. Otras veces también comíamos arepas con huevo frito, o solo arepas. Doña Mercedes y la misma Ligia me preguntaron muchas veces que por qué no dejaba el almuerzo hecho desde el día anterior. Nunca lo hice. Siempre preferí levantarme más temprano y darles algo fresco y de alimento. Cuando ya todo iba a estar, entonces los llamaba, sobre a todo Fernanda, la mayor. Ella ya es muy responsable y me ayudaba a que se apuraran, a que se vistieran y comieran, a que no pelearan, a que llegaran a la

escuela. Pero sobre todo a que fueran hermanos. Una vez me cambiaron el turno porque estaba muy enferma y pude verlos cuando salían para la escuela. Fernanda en la mitad, y como dos extensiones tuyas, un hermano a cada lado.

A las 5:10 de la mañana pasa el bus. Como siempre era de las primeras en subirme, podía escoger la silla, generalmente una de atrás, cerca de la puerta, para evitar tanta tocadera y tantos empujones. Hoy, sin embargo, le di mi silla a una señora embarazada, una de esas pocas que se ven fuertes, pero que la sola carga de la barriga ya es un parto. Ya en el trabajo, me iba derecho al tercer piso, donde tenemos los *lockers*. Ahí tenía que estar antesitos de las 6:00 para firmar la bitácora. Siempre que llegaba, buscaba a Ligia. Ella era la única con la que me hablaba, y menos mal casi siempre teníamos el mismo turno. Últimamente, las cosas no andaban bien con el marido y decía que tal vez no volvería. Hoy, al menos, sí estuvo.

Luego, siempre lo mismo. Primero la casa del consultorio jurídico. Barrer, descanecar, desinfectar y trapear. A veces también había que decapar pisos. Eso sí es duro. Luego ir a clínicas dentales, humanidades y el comedor de los profesores. Limpie, sacuda, barra, recoja, bote, trapee, escurra y vuelva a empezar. A medio día el almuerzo. Ahí buscaba a Ligia y nos íbamos al pastico, al lado de la cafetería. Hablábamos de todo y casi siempre me preguntaba cómo iba en el colegio. Hacía un año que había empezado a estudiar y ya iba en noveno. Tenía la idea de terminar el bachillerato y seguir estudiando. No una carrera, yo era aterrizada, pero sí algo que me sacara de esa limpiadera interminable. Limpie, sacuda, barra, recoja, bote, trapee, escurra. Pero uno se proyecta en los hijos y en

lo que uno cree que la vida les va a dar, y entonces todo eso pasa, igual que todo lo demás. Uno se miraba las peladuras de las manos, pero seguía trapeando, uno sentía picadas en la espalda, pero seguía recogiendo, uno veía que el mugre y el polvo aparecían tan pronto como uno limpiaba, pero seguía recogiendo y sacudiendo. Así, hasta hoy.

Me despedí de Ligia y ella salió por el torniquete de la octava, rumbo hacia la avenida séptima. Creo que me dijo que iba para La Gloria, un barrio que queda más arriba del Restrepo, más arriba del 20 de Julio, más allá del Córdoba. A pesar de haberme invitado varias veces, nunca fui. Ese barrio queda al otro lado del mundo y uno no tiene tiempo para ir hasta allá. Sin embargo, me imaginaba que debía ser un barrio bonito, La Gloria, un barrio entre las mismas nubes. ¿Quién sabe si ya haya llegado?

Después de cruzar el torniquete se dio la vuelta y me volvió a decir adiós con la mano. Le devolví el saludo y me fui a buscar la salida de la novena, la que queda por el otro lado. Mientras lo hacía, busqué y saqué del bolso mi sombrilla, un viejo enjambre de alambres con un lindo estampado de flores moradas y blancas. En el fondo quedaron, apenas visibles, el bombombum de mango biche, la chocolatina de maní, y el manimoto. La lluvia no me dio mucho tiempo y antes de que yo pudiera llegar al otro edificio, ya caían unas gotas que parecían cucarrones. Crucé el torniquete, me puse la bufanda, agarré duro el bolso y dando pasos corticos me acerqué a la avenida. Me paré, como tantos otros días, en el borde del andén, al lado del paradero del bus, entre un mundo de desconocidos. La hilera de gente esperando se extendía a lo largo de la avenida. Cada uno con los hombros retraídos hacia la nuca,

el cuello estirado y la cabeza en dirección hacia donde venían los buses, mientras con los ojos entrecerrados intentaban adivinar su aparición.

El golpe nunca lo sentí. Solo me vi cayendo hacia la calle, hacia mi muerte inevitable. Creo que el señor del bus tampoco me vio, solo sintió el golpe y el sonido chirriante de las llantas al frenar. Luego todo el mundo paró, todo el mundo vino a mí, pero yo, ya no era yo. La gente se arremolinó en torno al cuerpo caído, ensangrentado. Yo los escuchaba gritar y los veía tomarse la cabeza mientras con las manos se tapaban la cara horrorizados. Yo pensé en mis hijos y entonces sí, todo me dolió. Primero un silencio insoportable, una calma aterradora que solo podía presagiar la tragedia irremediable. Luego, un llanto profundo en cuyas lágrimas se iban los últimos restos de mí. Me ahogué en la desesperanza. En un soplo se me fue la vida.

De este lado el tiempo cambia y por eso no podría decir hace cuánto ocurrió. Pero sí sé que el dolor lo estira todo y siento como si llevara en este estado de desconsuelo infinito toda la vida. Y a pesar de que pensar solo agranda esta desolación, eso es lo único que puedo hacer, no puedo hacer más, no puedo. Pienso en cómo la suma de cada cosa que hice desde el mismo día de mi nacimiento me trajo aquí, a este final absurdo, inesperado, macabro. Escucho que quién me empujó fue un ladrón, uno que intentaba escapar, uno cuya vida tuvo el único propósito de acabar con la mía. ¿Qué les dirán a mis hijos?, ¿quién les dirá que ya no volveré más?, ¿que ya no podremos ir juntos al parque?, ¿quién?

De a poco todo empieza a desaparecer. Una oscuridad empieza a recubrirlo todo. Cubre la lluvia que ya no se oye,

a los carros que ya no andan, a la gente que ya no pregunta.
Esta voz que empecé a oír cuando pensé en los dulces que
ya no les llevaría a mis hijos, empieza también a silenciarse.
Ya no veo nada, no me oigo, no me siento, ahora, sí he
muerto.





A NINGUNA PARTE

Gerson Molano

Gerson Molano

Nació en Bogotá, Colombia, el 16 de diciembre de 1997. Empezó a tocar guitarra desde temprana edad por influencia de sus hermanos músicos. Estudió en la Fundación Social y Artística Seven, donde tuvo un reconocimiento como guitarrista destacado. Se graduó de bachiller en el Instituto Colombo Sueco, donde escribió sus primeros textos. Su primer relato publicado fue a través de la convocatoria La Feria de las Palabras 2014 realizada por la Alcaldía de Usaquén. Actualmente es estudiante de Formación Musical de la Universidad El Bosque y trabaja como docente en la Academia de Artes Semilla Creativa.



ILUSTRACIONES

Laura Ortiz

[Soma difusa]



Algunas veces hablábamos de cine, de Kubrick, de Mendoza, de las tetas de Emilia Clarke. Otras veces solo nos reuníamos en la vieja casa de latas a fumarnos algunos Lucky Strike en silencio, mientras escuchábamos el mismo disco que habíamos puesto tantas veces: Billy Bond y la Pesada Vol. 4. Luego dejamos de interesarnos por todo. Preparábamos un porro y nos echábamos en el suelo pasándonos el fuego de mano en mano, hasta que teníamos

>

la urgencia inexplicable de salir a la calle. Aquella vez terminamos más allá del río, donde empezaba la montaña. Subimos desconociendo todo, anhelando todo.

42/
43

La ciudad se perdía a nuestras espaldas y apenas volteábamos a verla. Nos mantuvimos en silencio mientras el aire caliente del día nos sometía al cansancio permanente. De la carretera, que cada vez se hacía más empinada, se levantaban escarabajos de colores hacia el cielo, como si la tierra lloviera y los ángeles tuvieran que usar paraguas. Había perros sucios, potreros abandonados, cauchos sabaneros, casas gordas y casas cuya fachada quedó sin terminar, separadas todas por grandes cúmulos de pasto y de alambres oxidados. En todo caso, la extrañeza de un lugar desconocido resultaba para nosotros una fascinación mayor.

Nando nos había dicho que esperaríamos, que estaba cansado de que el sol le triturara la cabeza. Se sentó a un lado de la carretera y se llevó a la boca un trozo de cartón que llevaba guardado en el bolsillo, nos dio lo que quedaba y luego nosotros hicimos lo mismo. La carretera se mantenía en silencio y apenas se oían los susurros apagados que venían de la ciudad. Se levantó y nos dijo que necesitaba orinar. A sus espaldas se alzaba una casa vieja que nos daba la impresión de estar deshabitada. Atravesamos la cerca que la rodeaba. Olía a mierda de vaca y ese olor nos daba satisfacción. Al entrar, nuestros pulmones se llenaron de polvo seco. El eco de nuestras voces reverberaba en todos los cuartos y luego llegaba de nuevo hasta nuestros cuerpos diciéndonos que no había nadie. Nando empezó a orinar en la mitad de toda la casa. Levantaba su cabeza con aires de grandeza, y suspiraba, como creyendo que tenía al mundo en sus manos. El ruido de la madera vieja siendo regada nos llegó a la misma velocidad que su olor. Olía a vejez, a vidrios

rotos, a nadie, a nada. Encendimos la pipa y llenamos nuestros pulmones de fuego. El humo pálido se fundía con las paredes de la casa y todo a nuestro alrededor parecía derretirse. El cielo azul dejaba de ser azul. El silencio dejaba de ser silencio. Y anhelábamos todos, un par de babitas ajenas en la mitad de la boca.

Desde afuera de la casa Camila empezaba a quejarse diciendo que nosotros éramos la misma mierda de siempre que la dejáramos de joder. Yo le dije que fresca, que la realidad se hacía menos puerca si se ignoraba. Me gritó que comiera mucha mierda. Luego se echó en el pasto diciendo que tenía ganas de nadar en el fondo del río Magdalena. Yo no dije nada. Nadie dijo nada. Nos quedamos tirados en el pasto mirando la ciudad que se regaba a través de calles itinerantes. Nos olvidábamos en silencio. Desgarrados. Hundidos entre la vegetación y las montañas. Estuvimos así por horas hasta que Nando nos hizo caminar de nuevo. No hubo peros. Andábamos separados, como si nos desconociéramos. Camila cantaba una canción triste y su voz nos llenaba de silencios adormecidos. Cause baby, ooh, if heaven calls, I'm coming too. Tuvimos que caminar algunas horas más para encontrarnos con alguien. Apenas una silueta difundida en el aire caliente que caminaba a lo lejos con afán. Seguimos subiendo la montaña, atravesando casas viejas envueltas entre la maleza mientras la silueta iba desapareciendo entre arrayanes y veredas extendidas en el calor del día. No sabíamos por qué lo buscábamos, pero no dejamos de hacerlo. Soñábamos despiertos con la noche, con la lluvia, con flores derretidas, con esa canción triste que reverbera en las tripas y en la consciencia.

Preguntábamos a través de los vidrios sucios de las casas, donde algunos rostros se asomaban solo para

volver a ocultarse, como si tuvieran miedo de nosotros. Nos decían que no sabían nada, que por allá no fuéramos. Luego continuábamos avanzando con resignación, cada uno sumergido en su propio mundo. Pensaba en el reflejo rojizo del cielo, en la muerte, en mi padre que me decía que nosotros, los jóvenes, éramos el futuro de la patria. Y lo único que hubiera querido era tirarme hacia las rocas del río desde una montaña, o quizás sumergirme hasta el fondo del océano y no volver jamás. Y a la mierda la patria y toda la juventud. Hubiera deseado no tener consciencia de estar vivo, no sentir el peso de la realidad en la carne, en los huesos y el miedo que nos carcome y que nos obliga a ponernos las manos en los ojos para dejar de ver, para solo sentir.

Pensaba en su rostro pálido y casi desfigurado, y su cuerpo atado a una cama de hospital. En su funeral, en las tías que no dejaron de llorar y que tres días después estaban buscando sacarnos a mi madre y a mí de la casa. En el primer cigarrillo que fumamos en casa de Pachito y en su papá, que nos creía maricones por andar todo el día encerrados en su cuarto, aunque nunca lo dijo. En la vez que le vi los dos senos chiquitos a Camila, y que me dejó tocarlos, besarlos, lamerlos, y al final terminé fue odiándolos. Luego su voz se me atravesaba en la mitad de los pensamientos y entonces dejaba de pensar.

Observamos de nuevo aquella silueta al fondo de un pequeño potrero en lo alto de la montaña. Atravesamos la tierra seca de la carretera mientras el sereno se nos metía en la piel, avisándonos que ya la tarde se empezaba a formar en las montañas y que pequeños destellos de colores empezarían a aparecer en la ciudad. Caminamos a través del pasto gris hasta que pudimos ver desde lejos su cara negra, que no dejaba de mirarnos. Tenía tal vez quince años,

aunque su apariencia demacrada lo hacía parecer mayor. Estaba sentado entre la maleza y sostenía entre sus manos un trozo de naranja partida.

Avanzamos en silencio. El paso de Nando se aceleró a medida que nos acercábamos y ya no pudimos alcanzarlo. Se oían sus pies haciendo sonar el pasto cada vez más fuerte mientras el viento hacía mecer los árboles y la vegetación que nos rodeaban en un pedazo de mundo que nadie solía frecuentar. Pachito empezó a decir que nos fuéramos, que quería volver a la ciudad a restregarse entre los senos sudorosos de su madre. Camila le decía, 'fresco, beibi, no hay afanes'. Luego se ponía a cantarle al oído: *Don't worry baby everything will turn out alright*. Nada parecía importarle.

El ladrido de un perro triste nos llegaba desde lejos. Se oía el crujir de un aliso como si se fuera a partir a la mitad, el viento que rompía la tierra seca, y todo ello mezclándose en nuestros oídos: viento, perro, pasto, cielo, tierra seca, tarde, sol, árbol haciendo crescendos de sonidos y de miedos a medida que nos íbamos acercando. Nos había visto desde lejos y había empezado a gritar que nos fuéramos, mientras extendía en el aire sus brazos flacos y agujereados. Nando sonreía mientras el ruido de la montaña lo acompañaba, como en una de esas viejas películas de gángsters.

Luego, cuando aún faltaban dos pasos para llegar, se lanzó contra aquella cara negra haciendo volar un par de dientes amarillos enjugados con jugo de naranja. *Oh what she does to me when she makes love to me*. Yo había sentido que todo el ruido del mundo se había callado y que solo quedaba la voz de Camila y los golpes que Nando no dejaba de dar contra aquella masa negra que se arrastraba

en el suelo restregándose entre sangre y jugo de naranja. Además, era la primera vez que yo había visto a un negro sangrar. Nando siempre nos contaba historias de su tío paraco que salía a matar negros por placer, nunca le creí, solo me parecía que trataba de llamar la atención de Camila, que no dejaba de cantar y solo de vez en cuando, miraba al negro tirado en el pasto para luego desviar la mirada como si poco le importara.

Yo también habría de darme cuenta del placer de estar por encima de otro, de ver la fragilidad de un cuerpo en mis propias manos. Arrojé un par de patadas con los ojos cerrados y algunos puños que ablandaban la carne inerme. Levantamos su cuerpo y lo arrojamos hacia la tierra que se empezaba a humedecer con el filo de la tarde. Escuché el crujir de sus huesos contra las rocas mientras se estremecía como un pescado fuera del agua. Advertí costillas rotas y nervios que se reventaban por dentro. Nando le rompía los huesos de la cara con sus pies. Él se cubría con sus manos pequeñas, sin entender por qué no dejábamos de golpearlo, al igual que nosotros. Yo sentía que la sangre se me calentaba y que cada golpe que daba era como una droga que me alteraba los pensamientos. Miedo ajeno, pensaría después. Quizás por eso los periódicos locales se llenaban de titulares de muertos que aparecían con seis, treinta, cincuenta puñaladas.

Después de un rato dejamos de escuchar esos chillidos que solo hacían que Nando golpeará más fuerte. También Camila había dejado de cantar. Nuestras sombras formaban figuras extrañas en el suelo y el olor de la sangre se mezclaba con el olor del río y el olor de los carros viejos. Dejamos su cuerpo inerte arrojado sobre la tierra y volvimos al camino esperando llegar a la ciudad antes de

que cayera la noche. El viento se movía parsimoniosamente y secaba la sangre que rondaba en nuestras mejillas sucias. Empezamos a escuchar el ruido de los carros y los afanes rutinarios. El cielo se llenaba de nubes grises como si alguien estuviera fumando sobre la ciudad. Encendimos la pipa con desesperación como para calmar esas hormigas eléctricas que nos gritaban en la mitad de los pensamientos. Pasamos rápidamente por los mismos lugares que habíamos visto y pude jurar que la casa abandonada ya no lo estaba. Camila se me acerca al oído y me dice que fresco, beibi, que ya no hay afanes. Yo le digo que sí, que ya no hay afanes.

Nos vamos sin decir nada, la tarde nos envuelve, nos divide. Luego estamos solo ella y yo sentados al borde de una carretera, mirando a la gente que avanza, llevados quizás por la angustia vespertina que empieza a brotar desde los pequeños bares cercanos. Tomo su mano entre mi mano helada y nos vamos en un bus que dice «a ninguna parte» y que tiene papelillos de colores en las ventanas. La tarde se pierde entre los árboles y las veredas que hemos dejado atrás. Lleno su boca de humo lo hago con desesperación. Ella recuesta su cabeza en mi hombro y yo recuesto mi cabeza en el vidrio helado. Veo pasar las luces de los carros que van a la ciudad y que se extienden a lo largo como tiras fosforescentes. El bus avanza por horas sumergiéndose en una ciudad gris sin que ninguno de los dos diga nada. Cuando vamos pasando por el centro, ella me mira y me dice que me quiere llevar a nadar un día. Luego suelta mi mano lentamente y se baja del bus, y se pierde en la avenida y se funde con los otros rostros que deambulan por allí.

Ahora estoy yo solo. Yo, pensando en la clase del profe Félix, que es la que más me gusta y a la que nunca he

faltado, aunque sea a las siete de la mañana y siempre llegue tarde. Dice que pensar es, y será siempre, nuestro acto más subversivo, pero que pensar verdaderamente es un ejercicio de unos pocos. Mi mano, que no ha podido acostumbrarse a estar vacía, me hace pensar en ella. Hubiera querido decirle que nos vayamos en un barco de papel por las aguas del río Magdalena mientras el sol se va cayendo a pedacitos, dejando tras de sí una estela de luces de neón. Que me calman sus olas que recorren mi cuerpo por debajo y no me hunden, y que si me enseñara a nadar, la esperaría en el fondo de todos los océanos, mientras en el cielo se van apagando los fueguitos de sus risas esparcidas.





CUANDO LOS GATOS
HACEN EL AMOR

Juan Carlos López

Juan Carlos López

Profesor e investigador del Departamento de Humanidades de la Universidad El Bosque. Magíster en Estudios culturales de la Universidad Javeriana y estudiante del Doctorado en Filosofía de la UNED (España). Caribe “cachaquizado”, exportación de Coveñas a Bogotá. Amante de la lectura y del cine, últimamente de las series. Ahora más dedicado a la Ciencias humanas y sociales que a la literatura. Profundo admirador de la obra de Rubem Fonseca y Philippe Claudel.



ILUSTRACIONES

Laura Ortiz



El amor es tan fuerte como la muerte.

Cantar de los Cantares

Los gatos tienen una simpática manera de amarse. Después de hacer el amor, la gata corre como loca para asesinar al gato por lo que le acaba de hacer, pero no sabemos exactamente por qué. Fue lo primero que se le ocurrió, un pensamiento súbito e imprevisto, cuando él terminó después de estar dos minutos encima de ella y se dio cuenta que ni siquiera con sus ojos fue capaz de

>

indagar por su satisfacción, su implícito y brusco cambio de actitud lo llevaron a darle la espalda, a decirle adiós y término final a una especie de favor que acababa de realizar. Reparó pausada y con una lánguida conciencia de su cuerpo, aún en una posición de recepción, a sabiendas que de ahí en adelante no le darían nada más.

No era la primera vez que le pasaba con él. Sin embargo, no había protestado, a lo mejor porque desde pequeña le habían inculcado que todo lo gratuito, por más malo y mediocre que fuese, era motivo para dar gracias a Dios, pero, ¿podía dar gracias a Dios por un acto tan nefasto como el anterior? Temía que sí. No quiso dar la espalda, estaba contraída, suspendida de sí.

Absorta en su ausencia y burlada por la ausencia de él, recordó su sonrisa cuando lo conoció por primera vez en el Festival de Poesía y se imaginó que aquel tipo culto y cultivado era sinónimo de buen sexo y de mucha pasión. Que su gusto por Henry Miller y Anais Nin se podía traslucir en un agónico y desesperado gemido que rayaba en la muerte. Desde ese momento, todos los clichés a la basura. Muchas imágenes se le vinieron a la cabeza, pero una en especial quedó incrustada en ella: empezó a pensar que hacía cinco minutos, cuando supuestamente estaba haciendo el amor con ese tipo, que no estaba sino a veinte centímetros de su cuerpo, no había sido penetrada, había sido apuñalada. Su mente, cuerpo y dignidad habían corrido con la desgracia de ser perforadas por un salvaje cuya ignorancia llegaba al extremo de pervertir la piel de una mujer, en este caso, la suya. De pronto brotó una lágrima de sí, pero su lágrima fue expulsada en forma de mueca.

Entonces salió hasta la cocina del pequeño apartamento, buscó en una de las gavetas y encontró una

selección de los más variados cuchillos; unos para cortar carne, otros para frutas, se quedó con uno de los grandes, lo tomó con la mano derecha y se dirigió hasta la alcoba. Él yacía dormido, un leve ronquido permitía sospechar que estaba profundo, ella se recostó a su lado y colocó el cuchillo en medio de los senos pero con la punta de la lengua podía calcular el desesperante filo en que terminaba y con hilito de sangre alcanzó a adornar su boca, la sorbió toda, no dejando que pudiese asomarse por sus labios. De forma leve, volteó la mirada para observarlo de nuevo y apuntó el cuchillo hacia su espalda, a la altura trasera del corazón.

Pensó que así como él la había atravesado tantas otras veces, por qué no podía hacerlo ella, y con mucha mayor razón si las anteriores veces su punción no lograba otra cosa más que dejarle un dolor incierto y una desazón intensa. Le enterró la hoja de metal hasta el fondo, lo hizo con fuerza, dibujándose aún con mayor intensidad la lágrima en forma de mueca que se plasmaba en su rostro. El cuerpo de él convulsionó, no pudo reaccionar, solo chapaleaba en una sangre que cubría las sabanas y toda su espalda, su cara pretendió buscar la de ella en aras de una explicación que jamás llegaría. Ella se sentó en el otro lado de la cama, su mueca había desaparecido, ahora una íntima e imperceptible sonrisa la adornaban. Ella también quiso penetrarlo, y dejarle el pequeño recuerdo de hacerle saber cómo se sentía todas las veces que él lo había hecho antes.





UNA FIERA EN LA
ALCOBA

Gerardo Aristizábal

Gerardo Aristizábal

Médico neurocirujano de la Universidad Nacional de Colombia, especialista en Filosofía de la Ciencia de la Universidad El Bosque. Dedicado cincuenta y ocho años al servicio, a la profesión y a la docencia en las universidades Nacional y El Bosque. Ha ocupado diferentes cargos académicos y administrativos, y en la actualidad se desempeña como Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad El Bosque. Varios de sus ensayos se han publicado en el Boletín de la Escuela Colombiana de Medicina.



ILUSTRACIONES

Pablo Villafrade



Llegó por fin el momento en que la casa que estábamos construyendo con tanto sacrificio, gran entusiasmo y grandes ilusiones se encontraba apta para ser habitada, aunque no estuviera terminada. También, llegó el momento de programar un fin de semana en aquella casa ubicada en tierra caliente, pues ya teníamos el cuarto principal y los servicios básicos habilitados.

Emprendimos el viaje un viernes al medio día, sin

afanes y con el entusiasmo de haber materializado la idea de tener una casa de veraneo, en un condominio con cancha de golf, lago y muchos deportes más. La carretera se sentía muy agradable, sin tantos trancones como es habitual, plana en la sabana hasta donde la cordillera occidental se manifiesta y hay que cruzarla. Comenzamos ascendiendo para, culminada su cumbre, emprender un descenso prolongado: de los 2800 a los 326 metros sobre el nivel del mar. Carretera con muchas curvas, casi toda en descenso con solo un pequeño ascenso en La Mesa de Juan Díaz y más o menos plana desde Tocaima. Descendimos en toboganes que se mecen como columpios, con numerosas curvas que suelen provocar mareo en los pasajeros, pero que resulta agradable para el que disfruta conducir. La música, las noticias y la animada conversación con mi esposa hicieron más corto el camino.

Ya estábamos en la entrada, los porteros ya nos conocían y abrieron la puerta. Todo estaba en orden y la noche comenzaba a cobijarnos. Fuimos al restaurante a comer y regresamos. Revisamos puertas; todas bien cerradas. Miramos los alrededores; casas solas, sin luz, una que otra estrella en el firmamento y una luna radiante que nos permitía ver la veranera del campo y el *fairway* del hoyo dieciséis. Un poco de televisión y ya era tarde. A dormir, no sin antes cerrar la puerta del cuarto con seguro, porque siempre produce un poco de miedo tanta soledad.

Ya iniciado el sueño, se produjo un ruido extraño que nos despertó: rrrrrrn... rrrrrrn... rrrrrrn...

—¿Qué pasó? —preguntó mi esposa.

—No sé —le respondí.

—Puede ser un animal que ha entrado por alguno de los orificios.

—Tengo miedo —me dijo.

—Tranquila, voy a echar un vistazo, préstame la linterna.

—¡No me deje sola!

—Cierra bien la puerta que aquí en el cuarto no hay por dónde se entre nada ni nadie.

—Le aseguré.

Doy una vuelta por el piso inferior, alumbro por todas partes y nada.

—Un orificio del aire acondicionado pudo haber permitido que se escondiera algún animal, pero no están comunicados con este cuarto, de tal manera que tranquila. Vamos a dormir.

Ya estábamos conciliando el sueño cuando nuevamente rrrrrrn... rrrrrrn... rrrrrrn... Nos levantamos una vez más.

—¿Qué podrá ser? Tenemos que quedarnos despiertos para ver de dónde viene el sonido. Puede ser un grillo, alguna chicharra, esperemos a ver qué pasa, tranquila, no veo ningún peligro.

—¿Y si nos pica? ¡No, aquí no podemos dormir! ¿Qué hacemos? —Dijo asustada,

—Tranquila, esperemos a ver qué pasa.

Se escuchó un gran silencio. Solo se oía el croar de algunos sapos y no más.

—¡Caramba! ¿Qué vamos a hacer? —Dijo bajando la voz cada vez más.

—Pues esperar, no hay nada más que hacer.

66/ 67

De repente el ruido otra vez rrrrrrn... rrrrrrn...
rrrrrrn...

—Ya sé, viene de aquella pared del closet, hay que ver qué es. Voy a conseguir un palo o algo con qué pegarle, voy por él.

—¡No me deje sola! —Gritó con el susto renovado.

—Ven entonces conmigo, pero cerremos bien la puerta para que no se salga.

Ya estábamos preparados, cada uno tomó un palo de escoba.

—No señor. Yo me meto en la cama y me tapo con la sábana. O más bien me salgo.

—Está bien. Pero tienes que estar pendiente para que me ayudes por si se me escapa.

—Entonces mejor me salgo y dejo la puerta entreabierta para poder ver.

—Ok. Comencemos por este lado del closet, ¿lista? A la una, a las dos y a las tres.

Abro las puertas, pero no aparece nada.

—Aquí no hay nada. Vamos al otro lado, ¿lista? uno, dos, tres.

Abro y nada.

—Aquí tampoco hay nada rrrrrrrn... rrrrrrrn... rrrrrrrn. Aquí está, en estos cajones debajo del televisor.

—Vamos de abajo hacia arriba. Ojo, voy con el primero, prepara el palo y una chancleta por si acaso. Uno, dos, tres. Toca esperar a ver si suena otra vez.

Se escucha otra vez rrrrrrrrrn... rrrrrrrrrn... rrrrrrrrrn.

—Aquí está, en este primer cajón. Lista con el palo y no abras tanto la puerta porque se puede salir. Ojo, uno... dos... y tres.

Abro súbitamente y vuelve a sonar rrrrrrrrrn... rrrrrrrrrn... rrrrrrrrrn.

Era el bíper que estaba en modalidad de vibración y el cajón lo amplificaba para hacer un gran ruido. Qué descanso, estoy sudando. Seguro así ocurre con muchos otros espantos.





DE COPAS Y
SILENCIOS

Ana Durán

Ana Durán

Ana Isabel estudió Filosofía de la Universidad Javeriana y terminó una maestría en la Universidad de Poitiers. A su regreso, trabajó en investigación sobre la escritura filosófica y el vínculo de esta última con la vida. Actualmente es docente del Laboratorio de Pensamiento y Lenguaje de la Universidad El Bosque. Sus intereses giran en torno a la relación entre la estética y la política, relación que explora a partir de la escritura y el teatro.



ILUSTRACIONES

Pablo Villafrade



Hoy, entre chistes y copas,
me preguntaste por qué
nunca te había buscado. No
supe si odiarte, responderte
o irme, pero ya el alcohol me
había clavado las rodillas y
ahogado el corazón. No había
sabido decirte que te amaba
y nuevamente, enfrentada a
tu recuerdo, las palabras se
me escurrían entre los dedos.
Bajé la mirada y vi el piso
de madera de ese bar al que
siempre vamos. El clima

>

estaba particularmente frío por la falta de clientes y casi ni se oían los susurros ajenos.

74/ 75 Aunque muchas veces íbamos allá, esa no era la primera vez que me quedaba ahí, callada, con la cabeza baja, pensando en cuánto te amaba y cuán inútil eran los esfuerzos por decírtelo. Me sentía de regreso a esa mañana del miércoles de abril en que por un azar decidí ir a saludarte. No tenía una excusa ni el vestido de seda verde que se enredaba siempre con las horas. Estaba lloviendo a cántaros y el tráfico en la ciudad era el desastre ya conocido. Tenía una reunión más tarde y me dolía mucho el cuerpo para correr.

Entré al bus embriagada por tu risa, la torpeza de la sombrilla mojada, el afán por cerrarla y tu mirada fija me turbaban. Añoré el tejido de tus huesos en los míos en medio de ese caos de movimiento y roces. Pensé que de pronto no sería necesaria una excusa pues ya me conocías demasiado como para adivinar mis coartadas. ¿Por qué era tan grave decirte simplemente que no habías salido de mi cabeza, que te llevaba en cada instante y que tenía aún una vida entera para darte?

Volví a leer la carta que te había escrito el mes pasado:

27/02/2015

*Sin mayor esfuerzo, al ritmo de un viento frío,
entras lentamente en mí, recorres mis infiernos y
como un viajero inmóvil que ha conseguido un
pasaje sin retorno, te asientas en mis entrañas. Yo
juego a dibujar tus viajes, tú juegas a adivinar mis
venas. Debo, entonces, recorrerme para encontrarte*

*y atrapada en un solo sentido, curiosa, te busco
incesantemente, le ruego a mi corazón en ti lata y
por ti me escondo en la noche a esperar tu encuentro.
Te amo en silencio agradecida de saber que estás
ahí y que no necesitaría otra cosa, pues ya hemos
fracasado demasiado en esta danza infinita como
para esperar una nueva. Mas no se trata ya de
rescatar a los héroes de guerra, sino de romper
las mismas palabras. Quédate, te digo entre
una maraña de ideas, quédate que solo a ti te he
permitido esas entradas y salidas, pues sé que en mí
te encuentras.*

*Te llevo en todos mis días, en esas palabras que
llenas de sangre, en los andares de versos no escritos
y en los silencios de las notas tristes. No podría ser
de otra manera pues ya el futuro se ha forjado, ya
todo está hecho: siempre y cuando nos pertenezca
esta búsqueda, nos perteneceremos el uno al otro.*

El camino era muy largo y, en medio de la humedad seca y caliente, maldije la lejanía entre tu casa y la mía. Si esto fuera una película habría podido contar el paso de los años, las evoluciones, las puestas de sol, las numerosas muertes... Pero todo se movía muy rápido y el tiempo me recordaba que en medio de todos estos sueños, estaba corriendo al abismo. Me tumbé en la silla, consciente de que ni siquiera había armado un discurso, que, en una intuición, me estaba jugando lo que era tal vez la más hermosa ilusión en años. Respiré hondo y profundo; la garganta se cerraba ante el sonido de las conversaciones y el pito de los carros. ¿Y si no es posible?

Creo que debí haberme quedado parada, inmóvil y con la carta en la mano durante horas. Seguramente fueron solo segundos, ¿quién sabe? Los ladridos del perro del vecino me despertaron, solo tenía que timbrar y esta incertidumbre terminaría. Me acerqué a la ventana, quería cerciorarme de que estabas ahí. A lo lejos pude dibujar dos sombras y reconocer en tus ojos el deseo. ¿Por qué de todos los días en los que había querido decirte la verdad había escogido precisamente ese?

Volví de nuevo al bar, necesitaba agua o algo más fuerte. Con suerte alcanzaría la reunión y me distraería un rato. A lo lejos se podía dibujar la mesa en la que nos sentamos el día que nos conocimos. No recuerdo el azar ni la excusa que trajiste a colación para hablarme, pero aún guardo el olor de la madrugada y los versos trabados de ese autor inventado, aún mis labios conservan el gesto de esa risa y las puntas de mis dedos se aferran a rastros de algodón de tu camisa.

Dejé la carta sobre la mesa y me fui de allí. Era claro que las palabras, así fueran inventadas, permitían prolongar la dulzura de los sueños. Sonreí y entré a la reunión. A pesar de haber llegado veinte minutos tarde, estaba justo a tiempo. Todo transcurrió normalmente, del mismo modo que el paso de las horas y los días seguirían el curso ya trazado. Me concentré en la tarea inmediata y con ello, dejé mis silencios en los transeúntes. ¡Si tan solo se me escapara un recuerdo capaz de encontrarte!

Es tan fácil dejar pasar el tiempo y callar... Yo continué con mi vida como la conociste. Mis metáforas jamás se transformaron y guardé en una caja todas las luchas tejidas y las noches rotas. Te agradecí profundamente los instantes que ya no volverían y sin

más remedio que la rutina, que tanto había aprendido a amar, dejé de trazar el camino a tu casa. Poco a poco mis pies se acostumbraron a sus senderos habituales y mis manos se acoplaron a los movimientos informes del viento. Sin darme cuenta, nos habíamos ido a lugares donde era imposible encontrar al otro.

Años después, un evento, algún chance inventado o una distracción innecesaria nos habían llevado de nuevo a ese bar. Otra vez estabas frente a mí, con la sonrisa intacta y los versos aún trabados. Nunca te los aprendiste. Así, entre chiste y chanza dejaste mis cabellos blancos y mi piel caída. Entretanto crecí. Así, entre chiste y chanza, omitiste todos los años que para ti pasaron en silencio. —Una más, por favor. Bueno, pero que sea la última.





Colombia, tierra
querida

Santiago Huerco

Santiago Huergo

Nací en la capital del departamento del Huila en 1999. A muy temprana edad, y por temas de orden público, mi familia y yo nos vemos obligados a movernos a la ciudad de Medellín, donde pasé gran parte de mi vida y en donde tuve grandes enseñanzas que formaron mi pensamiento. Ahí, estudié toda la primaria y el bachillerato, menos el grado 11, que cursé virtualmente en Lima, Perú. Viví en *La gris* un año. Escribía a diario, lo que me permitió mejorar esta habilidad. Actualmente resido en la ciudad de Bogotá. Estudio en la Universidad El Bosque y me encuentro cursando IV semestre de Negocios Internacionales.



ILUSTRACIONES

Nicolás González



Es de madrugada, en el pueblo todos aun duermen. Hace frío y los pajaritos hasta ahora empiezan a cantar. En una casa, por la vereda de Santa Ana, en el municipio de Donmatías se escucha un alboroto. La familia Ordóñez se encuentran en su finca. Ahí viven Carlos, de seis años, y sus padres, quienes están discutiendo.

—¿Mamá?, ¿qué pasa?

—Nada hijo. Vuelve a la cama.

>

—Pero, mami, hoy tengo colegio.

—Carlos, hacéme caso.

—Mam...

—¡QUE TE DEVOLVÁS A LA CAMA! —La mamá rompe en llanto.

Carlos, confundido y asustado, va a la cama. De pronto, alguien abre la puerta estrepitosamente. Escucha gritos y hasta golpes. Curioso, va corriendo hacia donde estaban sus padres. Queda sorprendido con lo que ve. No lo entiende; alguien está arrodillado y con una bolsa negra en la cabeza. Su primera reacción es asustarse. Con la ingenuidad que lo caracteriza, mira una vez más; esta vez con más detenimiento. Repentinamente empieza a llorar desesperadamente, es su mamá a quien está viendo.

Ella lo escucha, e intenta calmarlo.

—¡Papi, papi!, tranquilo, no es nada, son unos amigos del papá.

—Mami, tengo miedo...

—No, papi, tranquilo. Miráme... vení pa' acá. Hacete a mi lado. Cerrá los ojos y contá hasta diez, como cuando jugábamos a las escondidas. ¿Te acordás, papi?

—¿Por qué, mami?, ¿dónde está el papá?

—Él está afuera, papi, está hablando con los amigos.

—Pero, mami. Tengo mucho miedo.

—No, mi amor, tranquilo. Haceme caso. Cerrá los ojos y contá hasta diez.

—Bueno ma... Está bien.

—1...2...3...4...

De pronto, en la vereda de Santa Ana, en el municipio de Donmatías, se escuchan tres disparos. La finca de la familia Ordóñez vuelve a la calma. Todo es silencio y paz. Ya no hay peleas, ya no hay problemas, ya no hay hambre y ya no hay deudas.



CUANDO ESPERO

Daniel González

Daniel González

Manizaleño de veintiocho años, comunicador social y periodista, especialista en comunicación organizacional. Desde hace seis años vive en Bogotá, en donde ha trabajado en áreas de comunicación organizacional en el sector público y privado. Desde su formación profesional, siempre ha manifestado un profundo interés por la escritura, que lo ha llevado a publicar entrevistas y crónicas en periódicos como *El Tiempo* y medios alternativos. Observar la realidad es la principal fuente para contar sus relatos. En la actualidad, se desempeña como coordinador de bienestar virtual en la Universidad El Bosque.



ILUSTRACIONES

Nicolás González



I

Por fin un momento de tranquilidad, casi que no logro salir hoy de mi trabajo. *Ven para acá Sofía, ves esos peluches gigantes con ruedas y te me pierdes, no, mi amor.* Hoy estoy de ánimo para correr detrás de ella, ni modo no aprovechar que ya está dando sus primeros pasos, y sus primeras caídas, porque si va a salir como su mamá, no va a perdonar esquina de mueble o baldosa. Debo comprar esas

>

botas que me salen con el bolso, ese tendido para la cama que vi en promoción, son tantas cosas que ya ni sé. *¿Sofía, para dónde vas? ¿Qué más tengo que hacer?, ¡ah! sí, la balaquita y los zapatos para el cumpleaños que invitaron a Sofía, ni modo que vaya con el mismo vestido de hace quince días para el bautizo del primito. Yo y mi pésimo estado físico, ni una pequeña carrerita aguanto, y antes que en el gimnasio hacía media hora de cardio relajada, pero el idiota de Gustavo me tenía que quitar la membresía del gimnasio y por ahí derecho, la cuenta de Netflix, desgraciado, pero que espere y verá cuando empiece esos tutoriales del negro que vi en internet, buena es que me voy a poner, no como la langaruta esa que tiene de moza. ¿Quién es este man?, cuatro amigos en común, está como bueno, pero casi no deja ver fotos, si es amigo de Camila Arbeláez debe tener plata, o eso es lo que aparenta, le voy a dar aceptar en unos días para que no me vea tan necesitada. Apenas llegue a la casa, me toca repasar esa presentación, que si van a vaciar, que sea a las otras, pero a mí, no, hartito que les dije que el cliente en cualquier momento iba a pedir esos informes y se llegó el día, pero nadie me escuchó. *Mami ya llevo más de media hora esperándote, ¿dónde vienes, no me puedo demorar mucho?, ¿traes la tarjeta? Acuérdate que ando sin un peso y tengo que comprar varias cosas. Y esa vieja ahí sentada desde que llegué no para de mirar el celular, así era yo cuando me ponía a esperar a Gustavo, muerta de la ansiedad de que llegara, una sí es muy imbécil.**

II

8:00 a.m.: reunión con el presidente de la petrolera. 9:30 a.m.: videollamada con los socios brasileiros. 12:00 m.: vuelo a Cartagena. 3:00 p.m.: recibir a los directivos japoneses.

Puedo terminar esa reunión con los brasileros rápido y coordinar la bienvenida a los japoneses, que no se me olvide llamar a Marcelo y felicitarlo por su grado, también, hablar con mi hermano para darle la sorpresa a mi mamá de los 50. Derecha... derecha... derecha... hoy hay demasiados tipos buenos en Tinder, ojalá el que estoy esperando no me haga quedar mal. “@Paulina53: está hermosa tu bebé, saludos a Fede”. ¿Y este man a qué hora se fue para Tailandia?, este año fijo tengo que hacer ese viaje a Phuket, otro mesecito ahorrando juiciosa y de una compro los pasajes. Bueno, y hasta qué hora se va a hacer esperar este señor, por fin decido salir con alguien con quien hice *match* en Tinder y no va a aparecer, toda la lora que le di a Natalia mandándole fotos del *man*, que por fin sacaba tiempo para una cita, casi a ciegas, pero al fin al cabo, cita. “*Oh so, your weak rhyme you doubt I bother reading into it*” esta canción me encanta, “buscar conciertos Chet Faker”, seguro que si le digo a Nati que vayamos a New York a verlo en octubre, me dice que sí. “Nati, este *man* no aparece, ya llevo dieciséis minutos esperándolo y nada, cinco minutos más y me voy”. Que no me vaya a dejar en visto como acostumbra. Busquemos más sobre el viaje mientras se digna a llegar el otro. “Phuket, la isla es sede de muchos complejos turísticos, *spa* y restaurantes exclusivos ubicados en la costa. La capital, Ciudad de Phuket, tiene tiendas antiguas y mercados animados. Patong tiene muchos clubes nocturnos, bares y discotecas.” Qué delicia esas playas, me quito una si el otro mes no estoy pasando la tarjeta para comprar los tiquetes, ya me imagino allá en esos *spa* y en la noches saliendo a comer a la carta, y no solo platos. “*God’s plan, God’s plan I hold back, sometimes I won’t, yuh I feel good, sometimes I don’t, ay, don’t*” qué canción tan buena, si este man no aparece, al menos me

tomo una cerveza para pasar la pena. Esa vieja no para de mirarme, fijo estoy despeinada, me tocó sacar el espejo.

III

Señor, me permite su bolso, por favor, gracias. Hoy, como que es el día de los estudiantes, o es que no les ponen trabajos, o hay que ser muy desagradecido en la vida para pasársela todo el día en un centro comercial capando clase. Cuaderno, cuaderno, lapicero que se le riega la tinta, *Joven, yo de usted votaría este lapicero o se le vuelve nada la maleta, ya puede seguir, gracias.* Todavía quedan tres horas de jornada laboral, hoy el día ha estado como largo, a mí eso de estar parado en un punto no es que me guste mucho, pero trabajo es trabajo. Señorita, puede abrir el bolso, por favor. Cigarrillos, colorete, esmalte, plancha para el pelo, *splash.* *Recuerde siempre tener sus objetos a la vista, bienvenida.”* Mentolados, esos sí que me recuerdan a ‘Águila 2’, cuando decía que un pucho era lo único que lo despertaba y lo dejaba atento para cualquier novedad, y justo por estar fumándose uno, se metieron a robar todas esas bicicletas. Pobre, quién sabe qué estará haciendo ahora. Ya no sé qué es peor, si estar todo el día acá de pie o que justo haya una cámara al frente mirándome, medio miro de reojo a esa pantalla y ahí salgo ponchado. Si lo de la vigilancia no da, pues hago un cursito de actuación y listo, porque bien sí registro, se ve ese uniforme blanco como una perla y sin una arruga. Mañana me toca en la noche, ¡y con estos fríos que están haciendo!, me toca ponerme hasta una sudadera por debajo y traer ese termo lleno de tinto, además, le voy a hacer caso a ‘Águila 13’ y me voy a descargar esa aplicación para el celular que le ayuda a uno a aprender otro idioma,

que tal que de noche en noche salga bilingüe de acá, mejor dicho, ahí sí que me cotizo más. Maleta se dice *bag*, Lapicero se dice *pencil*. Colorete se dice... bueno, ese sí me toca buscarlo. También puedo hacer un curso de locución y volverme presentador de eventos, desfila por la pasarela la señorita Bogotá, un vestido blanco de espalda destapada, botines negros y accesorios coloridos la acompañan en la pasarela, es que hasta de moda uno aprende acá todos los días viendo pasar gente. *Señor, me permite el bolso, por favor, es parte de las políticas del lugar.* Y a este muchacho qué le pasa, ni porque fuera a conocer el amor de su vida, y si fuera así, a nadie se conquista llegando tarde a la primera cita.

IV

¿Y tú, qué haces ahí tan concentrado? *Pues qué más voy a hacer sino esperarla.* Perdón, se me hizo un poco tarde, pero ya estoy acá. *Bueno qué más da, aún me cuesta acostumbrarme que en esta ciudad todos llegan tarde, es una situación sine qua non. Sine qué. Olvídalo.* Tú siempre con esas palabras tan raras, toca salir contigo y con el diccionario de bolsillo en la mano. *Recuerda que de bolsillo es solo un decir, siempre me lo imaginé como un libro diminuto, pero parece una enciclopedia.* Bueno, dónde nos sentamos a tomarnos un café. *¿Sentarnos?, si eso es lo que hecho todo este rato.* Está bien, vamos a caminar un rato. *¿Sabías que cuando caminamos, nuestro cuerpo libera endorfinas?, y esto nos causa placer.* Pues será el único placer que voy a recibir este día, eso es lo malo de estar soltera. *No comencemos con estos temas, que fijo terminamos hablando de personajes innombrables.* Mejor cuénteme que hiciste todo este rato mientras me esperabas. *Me puse a mirar a las personas e imaginarme qué pasaba por sus cabezas, no sabe todo lo que me reí.*





DE-GENERACIÓN

Brayan Solarte

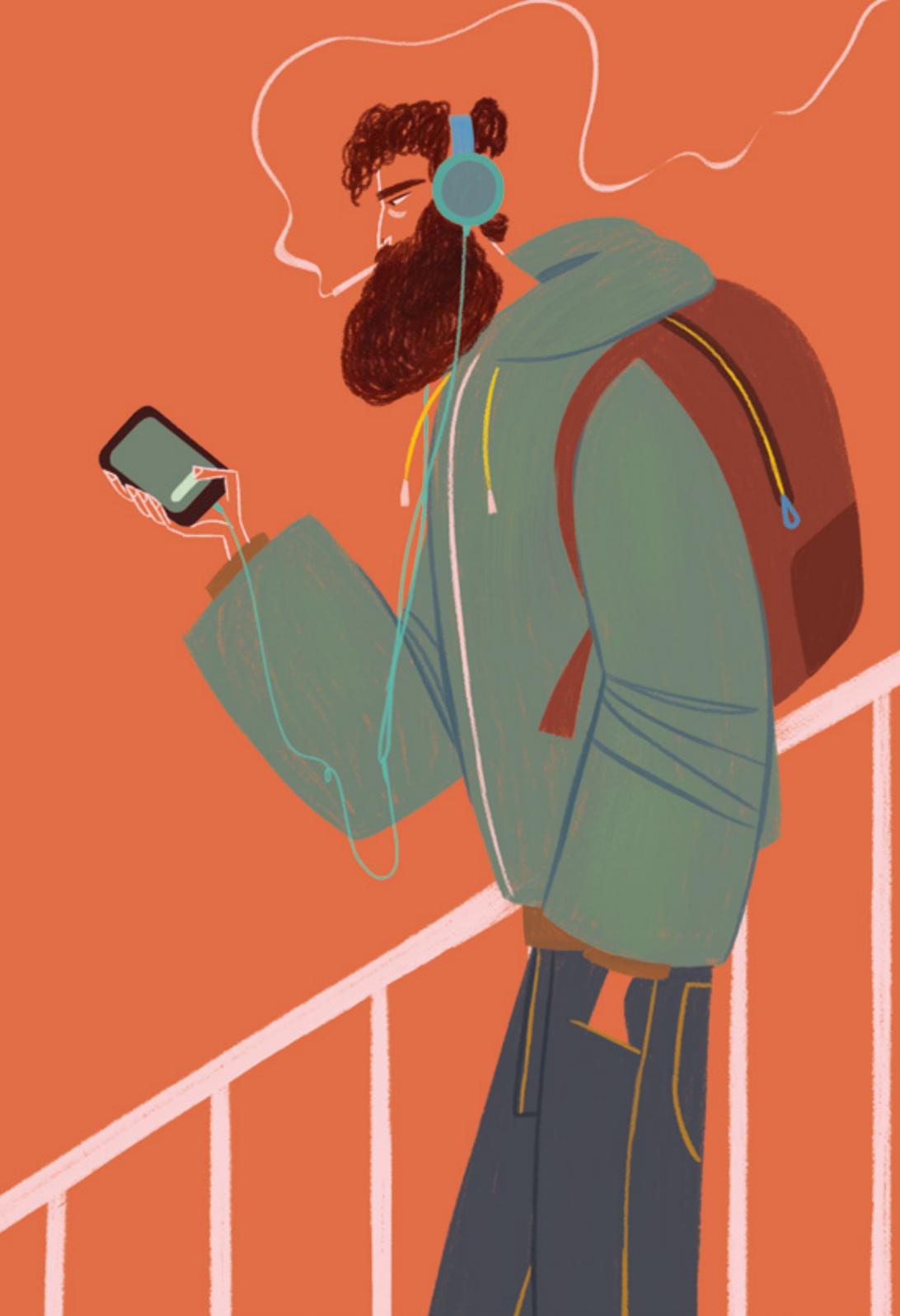
Brayan Solarte

Es estudiante de filosofía de la Universidad El Bosque. *Milenial* por rango de edad, amante de la música, el *rugby* y el insomnio. A diferencia del personaje de su texto, es una persona que aún tiene esperanzas y sueños por cumplir, tal vez sea por que tiene menos años que él y muchos mejores días a los que él podría tener. Le gusta escribir, una de las razones por las que estudia filosofía. También, se dedica a otras actividades artísticas como el dibujo o la música.



ILUSTRACIONES

Alejandro Mesa



Son las seis y treinta de la tarde, hora en la que salgo de mi última clase de la universidad. Saco mi celular y me pongo mis audífonos, quiero desconectarme de este mundo. Entre tantas canciones de mi librería, elijo reproducir una que es muy especial y perfecta para este momento: *Where is my mind?*, de una banda de lejanos tiempos –al menos para mí lo es–. Comienzo a perderme al ritmo de la música. ¿Dónde está mi mente?, pues no está

>

aquí, no está en este momento, en este espacio, en este tiempo, debe haberse escapado a otra realidad, a una realidad paralela donde todo es distinto, ahí... ahí debe estar mi mente, abandonándome mientras enciendo un cigarrillo y me dirijo en una fila india a la estación de buses. Mire adonde mire, solo puedo ver personas conectadas a sus celulares, son sus extensiones, ¿dónde están sus mentes? No están aquí, están divagando entre sus redes sociales y los personajes e historias que crearon en esa realidad. ¿Son ellos, son sus *alter egos*?, ¿quién es el real yo?, ¿quiénes somos todos?

Estoy en el bus, son las siete. Voy sentado con mirada en la ventana, veo pasar incontables carros, veo personas caminando, veo... ¿veo? Son imágenes borrosas debido a la rapidez del transporte. Sigo con mis audífonos e intento ignorar el mundo exterior. Me concentro en la conversación con el yo interno. ¿Sabes?, —comienza una voz que conozco desde hace mucho— *pronto cumplirás veinticinco años, ¿qué has hecho con tu vida?* — Nada. Le respondo con seguridad y decepción, ambos entendemos las razones. El mundo no es como lo pensaba, aquella voz enmudece y comienza a reír al tiempo que me dice: — *Mira...* e imágenes de mi pasado vienen a mi cabeza y me fulminan — ¿*Recuerdas esto?, eras tú con quince años creyendo que eras un elegido, que eras el centro del universo, que estabas destinado a la grandeza, que el mundo sería tuyo. ¿De dónde sacaste esas ideas? Ya sé, tal vez fueron de los dibujos animados que mirabas pegado a la televisión, o tal vez fue de aquellas historietas de superhéroes que leías y sigues leyendo. ¿Aún tienes esperanza de algo?* La voz empieza a incomodarme, tal vez porque me recuerda mis malestares: no solo estoy a la mitad del promedio de vida, sino que también estoy muy lejos de aquel ser que esperaba ser.

Miro el reloj, solo han pasado dos minutos, los siento como horas, me pierdo en medio de mi propio odio. Volteo la mirada a mi izquierda, hay una señora de unos cuarenta años, trata de enviar mensajes, presiona su pantalla de tal modo que aún con audífonos puedo escuchar el sonido del golpe, uno por uno los sonidos de golpe se acumulan en mi mente. Sé que su pantalla se agrieta poco a poco. Usa un solo dedo, una letra a la vez, se queda mirando su teléfono revisa con cuidado el mensaje que esta por enviar, presiona de nuevo la pantalla envía el mensaje y voltea a verme, sabe que estuve mirando, me responde con una cara de repudio puesto que su privacidad ha sido invadida. No le doy mucho interés y sigo viendo a los actores que hay en este espectáculo. Ahora una joven, menor de edad, de unos dieciséis años, va de pie, tiene sus audífonos puestos, se agarra de un tubo para evitar caerse mientras el bus va a toda velocidad. Con su otra mano escribe un mensaje con tal rapidez que siento estar viendo su dedo multiplicarse. Yo saco mi celular y lo reviso, nadie me ha escrito, pero entre mis mensajes hay muchas conversaciones que no tienen nombre, solo un número y algunos una foto, entonces cambio la música y sigo mirando por la ventana, solo observo todo pasar, dejo de ser un individuo consiente y paso a ser un objeto más, un objeto y sujeto observador, tal vez mi mente ha decidido desaparecer de nuevo, ¿dónde estará ahora?

Son las nueve, me bajo del bus después de haber empujado al menos a tres personas para que me dejaran llegar hasta el botón. Camino hacia un restaurante, no sé qué quiero para comer, solo sé que siento que mi estómago me reclama; me exige que decida comer algo para que él pueda cumplir su función. Entro en un restaurante que

está en la esquina, cruzando la calle, me dirijo a hacer mi pedido. Mientras camino, miro mi alrededor, me doy cuenta de la publicidad de comida que resalta cada ingrediente con una perfección que podría considerarse que hace parte de aquellas ideas platónicas del mundo; aquello perfecto que no podemos tener pues todo es una simple copia, una copia mal hecha. Llego a la registradora, me atiende un joven de mi edad, unos veinte tantos, cabello negro y de tez mestiza, ojos que parecen dos agujeros negros, pero que aún tienen brillo. Es más alto que yo. Intento verlo a los ojos, pero me siento pequeño y prefiero bajar mi mirada al menú. Mientras doy un repaso rápido entre lo que hay, comienzo a pensar en lo que he comido estos días: carne de res, arroz con huevo, carne de cerdo, hamburguesas... Entre tanto, aquel joven me mira y me pregunta: ¿qué desea ordenar? Yo no quito la mirada del menú, sé que no puedo verlo a los ojos, entonces le respondo: — Dame dos piezas de pollo, unas papas y un té negro congelado, por favor. Retiro la mirada del menú y comienzo a buscar mi dinero, mientras el responde: — Claro señor, son doce mil novecientos pesos. Saco el dinero y comienzo a pensar, ¿me acaba de decir ‘señor’? De nuevo escucho la voz: — *¿Qué esperabas?, tienes una barba larga y desaliñada, tienes ojeras sobre tus ojeras y tus ojos no tienen ningún brillo. Tú estás muerto por dentro, tu juventud está muriendo, entonces, ¿qué esperabas? Ya no eres ese jovencito a quien consentía la abuela, ¿la recuerdas siquiera?* El silencio vuelve. Me entregan mi factura y me dirijo a una mesa, el joven me dice algo, pero no lo escucho. ¿Por qué sigo pensando en él cómo alguien joven? Tenemos posiblemente la misma edad, ¿será por qué sus ojos, aún brillantes, me hacen creer que en él no ha muerto la esperanza, que sus sueños no han muerto como los míos?

Encuentro una mesa, corro una silla y me siento.

Desde donde estoy sentado, logro ver la sección infantil, pero ningún niño está jugando en la piscina de pelotas; en cambio, veo un niño que llora porque su padre no le presta el celular para jugar. Grita, grita más fuerte, pero su padre no se inmuta, lo ignora, yo decido hacer lo mismo. Me quedo mirando a la nada mientras espero por mi comida. — ¿Recuerdas cuando tenías su edad? De nuevo la voz. Se ríe de mí mientras dice: — *Claro que no, tú no recuerdas ni lo que viste en internet hace tres horas, pero intenta recordar cómo era ser niño. ¿Recuerdas cómo era el tiempo en que tu reías y corrías con la pelota para tirársela a tus amigos?, ¿recuerdas aquel aparato en donde cada tecla que presionabas se materializaba instantáneamente en una hoja física, palpable, y no en una hoja digital?, o, ¿cómo era tener una computadora y conectar el cable del teléfono fijo para poder conectarte a internet?, ¿recuerdas cuando debías esperar horas para que una imagen o una página cargaran y tu creías que era lo más maravilloso y futurista?. Creías que eras parte del cambio, de la reinención de la rueda. No sabías qué significaba e-mail y tus padres tenían todo un registro de fotos organizados en carpetas, aquella época en que no podías encontrar libros si no salías a buscarlos por toda la ciudad... viejos tiempos. ¿Lo recuerdas?* La voz se apaga y vuelvo al mundo. Escucho, de repente, mi nombre. Mi comida ya está preparada. Me levanto y voy por ella. Antes de sentarme de nuevo en la mesa para comer, decido ir a la sección de salsas por ketchup. Tomo la bandeja y me dirijo a mi mesa, me siento y como. Hay silencio en mi cabeza, esa voz desapareció, sigo comiendo sin desconcentrarme. Hay mucho ruido, pero no presto atención a nada que no sea mi comida. Terminó. Me dirijo al baño para limpiarme las manos, me

miro al espejo y maldigo a la voz de mi interior, siempre tiene razón. En el reflejo, solo puedo ver una persona escondiéndose debajo de una selva crecida por el tiempo, de color oscura como su cabello. Oculta muchas historias, oculta su historia, esa que es narrada por sus marcas de adolescencia, noches de desvelo, el comienzo de las grietas en su frente por tantas veces que se enfureció; cicatrices de peleas escolares.

Son las diez de la noche. Llevo diez minutos frente a mi computador, tengo mi cigarrillo encendido, mi computador está apagado, es entonces cuando una ceniza incandescente cae en mi pierna y siento cómo me quema. Reacciono rápidamente y la aplasto para apagarla. Decido prender mi computador, entro a internet y comienzo a buscar imágenes de objetos que hacían parte de mi pasado y el de muchos más. En la búsqueda, encuentro un artículo llamado “La generación Y, la peor de la historia”. Me da curiosidad pues es mi generación, es el tiempo al que pertenezco, a la clasificación en la línea temporal que nos fue otorgada, soy *Millennial*. Comienzo a leer el artículo, leo las razones de por qué somos la peor generación que ha existido. Entre el enojo y la aceptación, leo cómo nos llamaban la generación de la síntesis, cómo somos la generación que estaba destinada a la grandeza, pero sucumbió ante las expectativas, pues somos los hijos de aquella generación X, la generación de la rebeldía, la generación que alzó la voz, la que formó ídolos, que hizo el cambio. Nos pasaron la antorcha y no la pudimos mantener viva, la apagamos. — *¡Joder!*, insiste la voz, *tiene toda la razón, no son más que unos fracasados que no hicieron nada con su vida. Todos creyeron ser los elegidos de sus historias, los nuevos ídolos, pero no lo lograron, nadie puede guiar a esa*

generación, los ídolos están muertos o a punto de morir. Siento más rabia que aceptación. Ese artículo me recuerda el fracaso que soy, me recuerda aquella persona que alguna vez escondió sus sueños de ser alguien, pero que hoy no puede encontrarlos. Cierro mi computadora y enciendo otro cigarrillo mientras me dirijo a la cocina por una cerveza.

— ¿Esto es lo que eres, un hombre sin sueños, un hombre que se apaga lentamente y se envenena rápidamente, un hombre que no puede reconocerse?, ¿qué paso contigo?, ¿te diste cuenta de que la vida se te fue mientras tu creías ser el héroe de una ciencia ficción? No eres más que el ejemplo de un vacío histórico, eres el producto de una generación que no tiene más sentido que ser el puente traductor entre los niños y los viejos, haces parte de aquellos que se ocultan en una realidad digital y simplemente sacan lo peor de sí mismos, eres parte de la generación que no debió ser y que está pudriendo a la que le sigue. ¿Por qué no puedo acallarla?

Llego a la nevera y saco una cerveza, la destapo y comienzo a tomarla rápidamente. — *¿Qué nos estás haciendo?*, insiste la voz. Sigo con otra cerveza, intento tomármela toda de una sola vez y me arden los ojos, siento náuseas, corro al baño, abro la puerta y vomito. Entre lágrimas, me levanto y me detengo frente al lavamanos, me miro al espejo, me lavo la cara y salgo. Entro a mi cuarto pateando todo lo que está frente a mí. Con los ojos irritados por llorar y la rabia consumiéndome. Como cada noche, decido buscar unas tijeras, empiezo a córtame la barba, a quitarme aquella mancha que cubre mi rostro y que solo es un recordatorio de cómo el tiempo va olvidándose de mí... de cómo yo me voy olvidando del tiempo. No puedo cortarla toda, pero poco a poco me libero de mi máscara, de mi miedo. Es suficiente, ya no está la mancha

de mi fracaso, sino las cicatrices de quien fui, de quien soy. De un salto caigo a mi cama, veo mi cuarto, un cuarto pequeño, con espacio suficiente para caminar, paredes blancas, con algunos posters de bandas en la pared y un calendario colgado en el que planificaba mi vida. Veo el escritorio, encima, el computador, también un closet lleno de ropa sucia y limpia. Miro el techo, me pierdo en el blanco de la pared, el sueño me vence en un colchón sucio y sin tender.

¿Dónde está mi mente? No está aquí, ya no lo está, debe estar en una realidad paralela, una realidad que solo mis sueños pueden llegar a conocer. Sí, ahí debe estar mi mente, o tal vez todo esto sea parte de mis sueños, mi realidad alterna y por fin llegó la hora de despertar, no lo sé. Y ya no lo sabré.





REGRESO AL AGÜIL

Ángela Orozco

Ángela Orozco

Psicóloga de profesión y escritora por afición y fascinación a las palabras, lo dicho, lo expuesto. Este es su primer cuento, pero desde muy chica la literatura y su magia le ha atraído mucho. Para ella, la expresión escrita llega al corazón y genera añoranzas que permiten compartir y revivir, pensar, viajar, andar, elucubrar, esa palabra escrita que queda como sello y marca.



ILUSTRACIONES

Alejandro Mesa



Tres meses antes, mi mamá rompía la alcancía. Yo llegaba del colegio y la encontraba con una sonrisa frente a los montones de monedas sobre un periódico amarillo y viejo, y el pobre armadillo de cerámica vuelto harina.

—Mami, mami, ¿qué estás haciendo?

—Contando el dinero que hemos ahorrado; recuerda que siempre vamos a casa de los abuelos.

Y yo pensaba que serían las mejores vacaciones.

>

Siempre había una gran expectativa por lo que podía suceder en las vacaciones. Mis hermanos y yo, cada uno, imaginábamos las cosas que llevaríamos, lo que comeríamos, cómo estarían nuestras primas y qué habría pasado con lo que hace un año habíamos descubierto en El Agüil. ¿Aún sentiríamos la curiosidad y el espanto?, ¿aún sudaríamos, no por el calor que hacía, sino por la tensión y el temor de descubrir algo que siempre habíamos sospechado?

Mi mamá continuaba contando las monedas. Este año fue sorprendente: la alcancía tenía el doble de dinero que el año pasado. Eso significaba que podíamos hacer por lo menos dos paradas más para comer algo delicioso en el camino.

¿Cuál será la sorpresa?, ¿qué iremos a descubrir?, ¿será que las piedras siguen en el mismo lugar? Oigo el ruido del carro de papá y salgo corriendo a la ventana para ver cuánto se demora en subir, y rápidamente me escondo tras la puerta para asustarlo. No llega solo papá, llegan también mis dos hermanos, que se sorprenden al ver que ya el armadillo ha sido destruido. Y preguntan:

— ¿Cuánto mami, cuánto había?

— Mucho más de lo que me imaginaba. —Nunca dice cifras exactas con el dinero.

¿Será que esta vez nos podremos escapar?, ¿será que esta vez mis hermanos querrán acompañarme? No les podré contar toda la verdad porque no la tengo. Papá sonrío y saluda a mi mamá. Se frota las manos porque así acostumbra hacerlo y comemos todos juntos. Escucho que todos hablan, pero sigo pensando en El Agüil. El camino

de piedra parece que me llama. Y comienzo a planear cuándo iré, ¿cómo haré para escapar?

Mi abuelita siempre lo sabe todo aunque no puede ver nada. Sabe cuándo va a hervir la leche para no dejarla derramar; sabe si le han dado el dinero completo cuando está en el almacén, puede saber de qué color es una cinta de pelo y sabe cuándo están maduros los mangos en el patio grande de la casa. No sé porque sabe tanto sin ver nada, por eso temo que me vaya a descubrir. Tengo que planearlo muy bien, pues además ella presiente nuestra ausencia. Creo que iré a El Agüil cuando haya mucha gente en la casa grande. Si mis hermanos no van, le diré a Lucio que me acompañe. Siempre que estoy allí, él quiere hacer muchas cosas conmigo, no creo que se niegue. Miraré entre las rendijas que dejan las uniones de las piedras. Debo encontrar una luz que me permita ver qué hay adentro. Lucio me acompañará y a él le diré toda la verdad, bueno, toda la verdad que sé yo.

Una vez allí, Lucio fue el segundo en salir y luego, nos alcanzó Liza, que aunque no sabía adónde íbamos, quería ir. Ya éramos tres los ausentes. Al salir esperaba que mi abuela no viera lo que puede ver. Eran como las tres y hacía mucho calor. Nuestras camisetas estaban pegadas al cuerpo del sudor. Caminamos rápidamente. Liza se quejaba:

- No tan rápido, para dónde vamos.
- No pregunte y síganos, tenemos que llegar rápido.
- Está haciendo mucho calor, ya estoy cansada.

La cogimos de la mano y casi que la arrastramos. No faltaba mucho. De pronto, comenzó a llover fuertemente y Lucio corrió para protegerse de la lluvia. Yo seguí

caminando y comencé a correr rápidamente. Liza se quedó con Lucio. Mi corazón se aceleraba, comenzaron a caer truenos. De repente volteé a mirar, ya no lograba verlos a ellos. Corría y caminaba, corría y caminaba. Logré ver las piedras a los lejos, un montón de piedras que con sus uniones formaban una estrella, o por lo menos era lo que mis ojos veían.

¿Qué vería mi abuela que ve lo que no puede ver? Continué corriendo. Había dejado ya de llover, aunque no me importaba mojarme.

Las piedras eran de diferentes. Blancas, amarillas claras, grises, redondas, planas, con algunos vértices que permitían observar hacia adentro. Sin embargo, no lograba ver nada. Di varias vueltas tratando de escudriñar y poder entrar. Una piedra se movió, luego otra. Volteé a ver y juro que alguien me estaba viendo, sin embargo, no había nadie. Sentí miedo, aunque más que eso tenía curiosidad. Logré mover otra piedra, pero aún no veía nada. Tenían un orden particular, encajaban una con otra como un rompecabezas que no podía descifrar. Lucio y Liza no llegaron y por un momento pensé en mi abuela. Extraño, no pensaba en mis papás, pensaba en mi abuela que veía lo que no podía ver.

Ya eran las cinco y media. Aunque no tenía reloj, conocía el cielo de aquella tierra y sabía que oscurecería pronto. En mi cerebro escuchaba todo el tiempo mis pensamientos galopantes. ¿Qué habrá?, ¿qué será?, ¿un tesoro? Muy pronto lo sabría. Movía con rapidez una piedra tras otra sin lograr ver algo. Pensé nuevamente en Lucio, ¿qué diría cuando llegara a la casa? Yo creía que me esperaba, no iba a llegar sin mí. Pero Liza... Lucio se inventaría algo, estaba seguro. Volví nuevamente a observar

las piedras. Parecía que no hubiera quitado ni una, pero había ya cinco o siete que no estaban en su lugar.

Eran muy pesadas, igual iba a continuar. Escuché algunos ruidos, parecía que venía alguien. Puse atención pero eso era poco probable porque a esa hora no iba nadie a El Agüil, y mucho menos al camino en el que estaba. Estaba muy solo, las piedras y las plantas me acompañaban y ya estaba oscureciendo. Intenté mover otra piedra, era un poco más grande que las demás. Apenas logré retirarla un poco. Otra piedra pequeña rodó hacia mí. Di un brinco para que no cayera en mis pies sin dejar de insistir en mover la piedra grande. ¿Mi abuela ya habrá visto que no estoy?, ¿que no estaba Lucio ni tampoco Liza?

Finalmente logre mover la piedra. La abracé, pero era muy, muy pesada. Di un paso hacia atrás con ella y la tiré a la tierra. Seguía oscureciendo, me separé un poco y observé cuál sería la próxima piedra que quitaría. Seguían siendo muchas y creí que no lo iba a lograr. Si estuviesen aquí Lucio y Liza ya lo hubiésemos logrado, pensé. Pero si lo dejaba para después, no creía poder escapar de nuevo. Quitaré la última pero tengo que volver mañana, titubeaba. Voy a mirar que hay por esta rendija... está muy oscuro. De repente, escuché un ruido, parecía que venía de adentro. Vi una luz, era un destello muy fuerte. ¡Sí, estaba cerca, muy cerca!

Papá y mamá estaban corriendo por todo el apartamento. Nos llamaron para levantarnos, ya nos vamos. Son las cuatro de la mañana y vamos para la casa grande de la abuela. En el piso encuentro todos los cojines que me recuerdan el sueño. Sé que hay algo que no he visto y que quiero ver.

— Mami, ya voy. ¿Está Lucio en la casa grande?,
¿Liza también va a ir?

— Sí. Tú sabes que ellos siempre van, ¿por qué
preguntas?

— Porque me harían falta en El Agüil.



ENTRE LETRAS - n.º 5 /

¡Echemos cuento!

ISBN: 978-958-739-136-7 (Impreso)

ISBN: 978-958-739-137-4 (Digital)

DIRECCIÓN EDITORIAL /

Ana María Orjuela-Acosta

CORRECCIÓN DE ESTILO /

Leidy de Ávila Castro

Ana María Orjuela-Acosta

DIRECCIÓN GRÁFICA Y DISEÑO /

Miller Alejandro Gallego C.

PRÓLOGO /

Orlando Sánchez

CUENTOS /

Jimmy Spindola, Orlando Sánchez,

Gerson Molano, Juan Carlos López,

Gerardo Aristizábal, Ana Durán,

Santiago Huergo, Daniel González,

Brayan Solarte, Ángela Orozco

ILUSTRACIONES /

Ricardo Correa (Zokos)

Laura Ortiz (Soma Difusa)

Pablo Villafrade

Nicolás González (Zanko)

Alejandro Mesa

IMPRESIÓN /

Javegraf

Bogotá, D. C., Colombia

Octubre de 2018

Editorial Universidad El Bosque /

Universidad El Bosque /

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio sin permiso escrito de los autores de cada una de las imágenes y textos aquí presentados. Publicación sin valor comercial.



Entre letras es una publicación semestral de la Editorial Universidad El Bosque que busca poner al alcance de la comunidad universitaria ensayos, cuentos, poesías y crónicas de autores nacionales y universales reconocidos por su calidad literaria. *Entre letras* tiene como propósito fomentar el gusto por la literatura en la Universidad, se publica en formato de cuadernillo con ilustraciones, y es de distribución interna y gratuita, para uso del personal de la Institución. Prohibida su venta.

[E N T R A S E]
LETRAS

¡Echemos cuento!
fue editado y publicado por la Editorial Universidad El Bosque.
Octubre de 2018,
Bogotá, D. C., Colombia

[E N T R A S E]
LETRAS



UNIVERSIDAD
EL BOSQUE

—
Editorial